

MADELEINE ROUX



# DUNGEON ACADEMY

PROHIBIDO HUMANOS



Ilustraciones de  
**TIM PROBERT**

Planeta Junior



# PROHIBIDO HUMANOS

Escrito por  
**MADELEINE ROUX**

Ilustraciones de  
**TIM PROBERT**

**Planeta Junior**



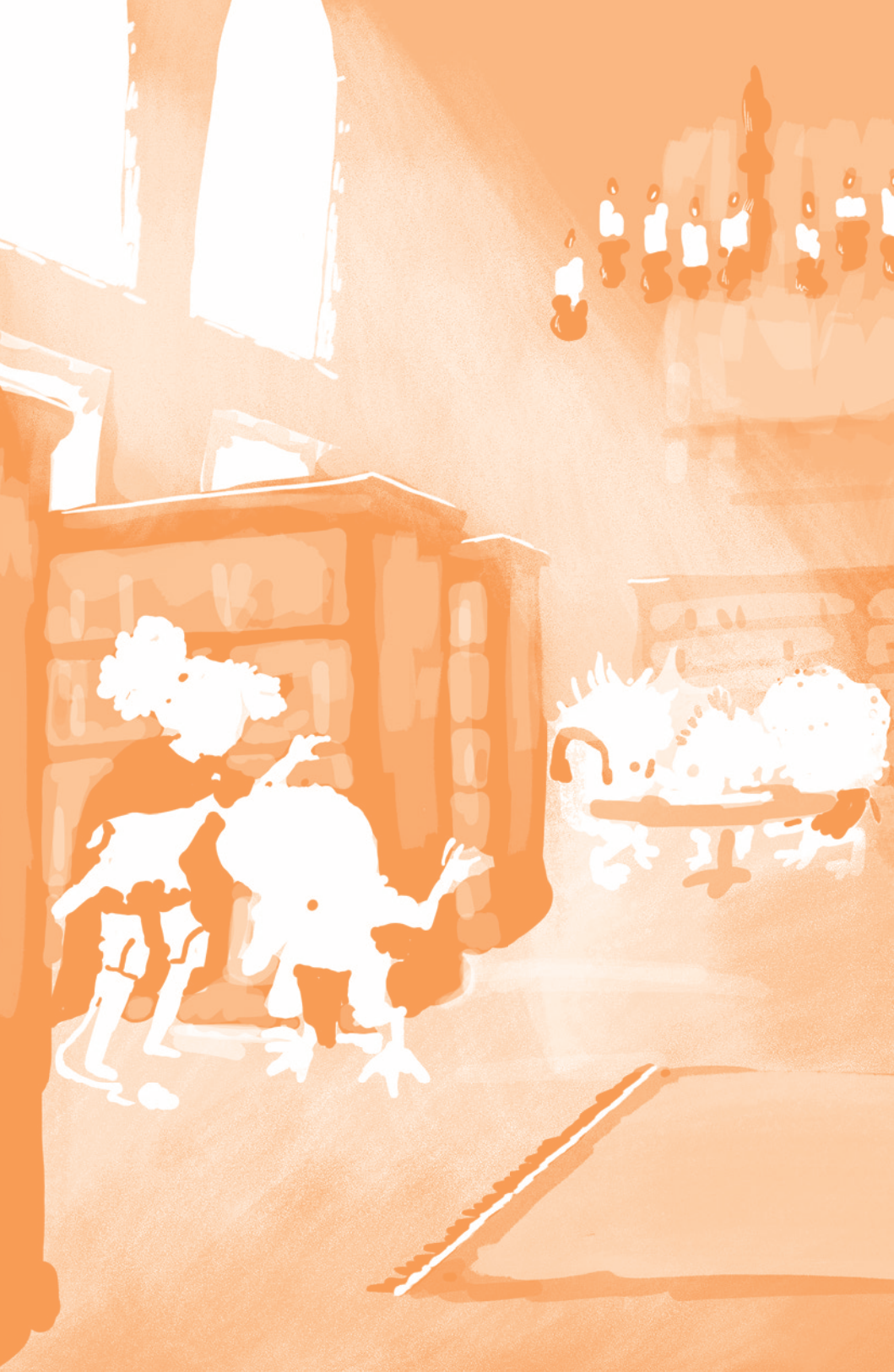
## DUNGEONS & DRAGONS®

Dungeons & Dragons: Dungeon Academy: No Humans Allowed!  
Dungeons & Dragons, D&D, their respective logos,  
and the dragon ampersand, are registered trademarks of  
Wizards of the Coast LLC. © 2023 Wizards of the Coast.  
All rights reserved.

© 2023 Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)  
Primera edición: enero de 2023  
ISBN: 978-84-08-26668-6  
Depósito legal: B. 21.295-2022  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y  
procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema  
informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,  
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito  
del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra  
la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro  
Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento  
de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por  
teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.





**Z**ellidora «Zelli» Stormclash golpeaba impacientemente el suelo con la bota mientras observaba el clic-clac que hacían los brillantes párpados del slaad al pestañear. Nadie se alegraba de que el nuevo programa de intercambio interdimensional hubiese traído a los slaadi a la escuela, nadie excepto los propios slaadi, que parecían sentirse como en casa. La mayoría de los estudiantes solo deseaban que se fueran de vuelta a su reino nativo, Limbo, llevándose sus viscosos dedos y su actitud. Pero, en ese momento, Zelli se apiadó de ese slaad. Era el niño rana con la piel más lisa de su curso, y eso lo convertía en un objetivo fácil. Sin verrugas ni púas, no intimidaba ni imponía respeto. Nadie quería ser el estudiante más delicado o bonito de la Dungeon Academy, sino el más espeluznante.

En una mesa situada a un tiro de piedra de la polvorienta estantería tras la cual estaban ellos, un grupito de slaadi verrugosos, espinosos y apestosos



(y, por tanto, dignos de respeto) se encorvaban sobre un libro, señalándolo y carcajeándose de risa. Cosas de slaadi. O de chicos, probablemente. Zelli no lo sabía y tampoco le importaba mucho.

—¿Cuál de esos zoquetes se mete contigo? —preguntó, aguantándose las ganas de entrelazar las manos y hacer crujir los nudillos. Eso arruinaría el factor sorpresa. Los slaadi acostumbraban a ser grandes, muy grandes, y a Zelli no le seducía la idea de pelearse con uno.

Gixi, el desgarrado y trémulo slaad que tenía al lado, señaló con la punta circular de su dedo a la rana más grande del grupo.

—Ese de ahí. Es el más chungo de todos. El peor. Nunca me deja en p-paz. Ni un segundo. Cuando se mudó a Faerûn, su padre se volvió a casar, con una dracónida menor, y ahora él se cree el rey de la escuela. Dice que él...

—Calma, Gixi, no hace falta que me cuentes su vida. —Zelli le dio una palmadita en el húmedo hombro y agitó la mano, a la espera de que le enseñara la mercancía. El pago. No iba a intervenir a favor de ese renacuajo gratis. Normalmente evitaba meterse en líos. Normalmente. Pero esa era una ocasión especial—. Quiero volver a ver el aro.

De su cartera de piel, el slaad sacó una destartada caja de terciopelo del tamaño de un puño. La destapó y dejó a la vista un gran aro de plata, que estaba abollado y salpicado de... algo. De barro, esperaba Zelli. «Por favor, que no sea sangre de aventurera».



—Está deformado —susurró Zelli.

—¿Lo quieres o no?

—Vale, listillo. Espera aquí.

Zelli se enderezó, salió furiosa de detrás de la estantería e irrumpió en ese pequeño rincón de la biblioteca. Sobre la mesa en la que estaban reunidos los slaadi, una lámpara de araña de hierro forjado, que goteaba cera y grasa, iluminaba a esos memos que parecían pasárselo tan bien. Dando largas zancadas mientras se arremangaba, Zelli llegó hasta detrás del slaad grande y verrugoso que le había señalado Gixi y le dio unos toquecitos en el hombro.

—Eh, tú, rana fangosa.

El niño slaad con púas afiladas en la espalda se giró y articuló un sonido ahogado de confusión justo antes de que Zelli se echara hacia atrás, cogiera aire y le rugiera en toda la cara.

Zelli oyó que Gixi, que seguía detrás de la estantería, rompía a reír al ver que su rival y abusón croaba sorprendido y se caía de la silla hacia atrás. Sus amigos, aguantándose sus barrigas moteadas y señalándolo, estallaron en carcajadas tan fuertes que por poco no acaban ellos también en el suelo.

—¡Tendrías que verte la cara! —gritó un slaad verde y bajito.

—¡Se ha quedado contigo totalmente!

Zelli sonrió y se cruzó de brazos.

—Deja a Gixi en paz o volveré a dejarte en ridículo, y la próxima vez será en medio del comedor, ¿lo pillas?



No esperó respuesta y, con la incesante risa de los demás a sus espaldas, Zelli volvió con el pequeño slaad, que la aguardaba satisfecho y a salvo detrás de los estantes. Antes de que Zelli pudiera decir ni una palabra, Gixi le puso la caja de terciopelo en las manos, botando como la superficie burbujeante de un charco de lodo agitado.

—¡Toma! ¡Todo tuyo! Te lo has ganado, Zelli. ¡Eres la mejor!

Y puso pies en polvorosa antes de que los otros slaadi se dieran cuenta de que estaba ahí, dejando a Zelli con la mirada clavada en la caja del aro abollado y suspirando.

—Yo no soy la mejor... —murmuró mientras se dirigía despacio a la salida de la biblioteca—. No soy nadie.

Aun así, había conseguido lo primero que había ido a buscar allí. Antes de salir de la biblioteca, pasó por el mostrador de préstamos. La biblioteca de la Dungeon Academy era una profunda caverna de seis pisos llena a rebosar de tomos, pergaminos y manuales, un laberinto de escaleras de mano y de obra que confundía incluso a los estudiantes de quinto curso. Zelli se la conocía de pe a pa, como la palma de su mano. Pasaba mucho tiempo a solas en la biblioteca, probablemente demasiado.

Mientras se acercaba al mostrador le parecía estar oyendo refunfuñar a su madre: «¡Zelli, tienes que hacer amigos! ¡Tienes que intentarlo!».

Zelli quería demasiado a su madre como para hacerle entender que en la escuela, por la misma razón





que nadie se metía con ella, nadie quería ser su amigo. Detrás del mostrador de préstamos estaba Shinka Bookbinder, la vieja bibliotecaria kobold alada y de hocico estrecho. Para poder llegar al borde, estaba subida en lo alto de una pila de seis robustos libros. Aunque podría haber usado simplemente las alas para mantenerse a la altura necesaria, ahorraba fuerzas para cuando tenía que subir volando a buscar un libro en los recovecos más altos de la biblioteca. Envuelta en mohosas telas de lino y abalorios, y con trozos de pergamino adheridos a la ropa, la kobold miró a Zelli por encima de sus torcidas gafas, le sonrió y le dio el libro que necesitaba antes de que ella se lo pidiera. De inmediato, siguió retirando el polvo y manipulando con mimo una copia de *Los numerosos triunfos de los dragones de Aguas Profundas sobre los flumphs de la Dungeon Academy*. El libro destelló visiblemente, lo que indicaba que estaba protegido con un hechizo que repelía los daños que pudieran hacerle los estudiantes más viscosos. A la derecha de Shinka Bookbinder estaba trabajando un estudiante mimeto, que se había transformado en pluma y garabateaba notificaciones de retrasos a toda velocidad en un libro de contabilidad manchado de tinta.

—¡Gracias! —dijo Zelli, con la caja de terciopelo en una mano y el libro en la otra. Tenía suerte de haberle echado el guante a la única copia del manual de esa aventurera humana. Esperaba que la ayudara a realizar un trabajo para subir nota en la asignatura del profesor Gast. Por algún motivo que se le escapaba,



estaba a punto de suspender Historia de los Horribles Humanos, y le parecía más fácil hacer ese trabajo extra que no intentar desentrañar tal misterio.

—No hay de qué, querida. ¡Para la chica de la profesora Stormclash, lo que sea!

La bibliotecaria siempre había sentido debilidad por ella, a diferencia de lo que ocurría con todos los profesores de la Dungeon Academy. Bueno, todos no, había una excepción destacable, que era precisamente a quien iba a ver a continuación. Zelli salió corriendo al pasillo y lanzó una mirada nerviosa al gigantesco péndulo oscilante que marcaba la hora. El péndulo era en realidad la antigua gran hacha de Mad Smithy, un bárbaro humano que había intentado invadir la escuela (y que logró un fracaso mortal). El gran pasillo discurría a lo largo de la arteria principal de la escuela, el antiguo corazón de piedra de la academia que albergaba la biblioteca, la entrada, el comedor, los aposentos del decano y la pista de entreno.

Zelli corrió pasillo abajo, con una bandada de murciélagos revoloteando ruidosamente por encima de su cabeza. Conocía bien las trampas y los detonadores que poblaban el suelo; algunos acechaban bajo alfombras raídas y otros estaban totalmente a la vista. En nichos empotrados a lo largo de las paredes, había también cientos de cuchillas oscilantes y dardos envenenados que esperaban ahí, aunque nunca hubiesen sido activados, a modo de protección contra cualquier aventurero insensato que pretendiera traspasar los desmoronados y escarpados muros de la Dungeon



Academy. El pasillo apestaba a humedad y putrefacción, a cera y carbón, a elixir de las profundidades, de los lugares sombríos y ocultos donde los monstruos bullen en la oscuridad. Aunque, en realidad, ahí había pocos monstruos en la oscuridad, pues todos llevaban a cabo sus asuntos al descubierto. Eran los futuros moradores, guardianes de hordas, accionadores de trampas y animalejos de las mazmorras más peligrosas de Faerûn.

Nadie saludó a Zelli cuando pasó por el pasillo que bajaba hacia el este en dirección a la pista de entreno, y ella no se encontró con ninguno de los monitores soplones que solían rondar por los pasillos. Jizek, una dao a quien le gustaba vagar de un lado a otro entre las sombras, era una pelota especialmente repugnante que disfrutaba de lo lindo delatando a cualquier estudiante que no estuviera donde debía. Los dao, por supuesto, podían detectar tanto las intenciones buenas como las malas, así que era tan probable que Jizek acusara a alguien que se saltaba una clase como a alguien que cometía un abominable acto de bondad. ¿Que le echabas una mano a alguien? Jizek se chivaba. ¿Que elogiabas el chaleco de un goblin? Castigado. ¿Que le ofrecías a alguien la mitad de tu merienda? Jizek lo sabía y te ponía el ojo encima, a lo que pronto le podía seguir un castigo. Cuando Zelli pasó por delante de la puerta de madera de doble batiente que daba al comedor y que estaba abierta de par en par, oyó el bullicio que salía de allí. Se giró para volver a echar otro vistazo al péndulo y concluyó que, antes de la siguiente



tanda de clases, tenía tiempo suficiente para ir a ver a su madre y volver al comedor a zamparse unas gachas mientras terminaba el trabajo para subir nota.

De nuevo, resonaba en su mente la voz de su madre, esta vez aún más exasperada: «¡Por todos los Pergaminos de Nether de Netheril, Zellidora Stormclash, no hagas los deberes a última hora!».

Zelli, que se había escabullido discretamente por la puerta de la Mazmorra Este y se adentraba en el frío penetrante de la tarde invernal, en realidad no necesitaba imaginarse la voz de su madre. La profesora Kifin Stormclash cruzó el campo de Goreball con gritos atronadores y sus pasos retumbaron en las rocas de la montaña que escondía la academia del resto del mundo. El eco llegaba mucho más allá del campo y hacía detener en seco a todo estudiante que lo oía. La razón por la que nadie de la academia quería ser amigo o enemigo de Zelli se alzaba alta y orgullosa en medio de la hierba. Sus cuernos curvados y afilados, su cola envuelta en anillas de acero, su estatura y su robusta complexión la hacían parecer más una estatua que una criatura viva que respiraba.

—¡Es lamentable! —bramó indignada la profesora Stormclash—. Cuando los humanos vengán a invadir vuestras fronteras, ¿también tropezaréis con vuestros propios pies y os caeréis?

Estaba ocupada regañando a una docena de estudiantes gnoll de un curso superior al de Zelli. Todos iban llenos de pulgas y cicatrices, eran greñudos y fornidos, tenían colmillos y melenas, y eran mezquinos,





excepto cuando estaban delante de la profesora minotauro. Ante la madre de Zelli, se encogían como perros apaleados.

—Ahora preparaos para volver a abalanzaros sobre el enemigo, y esta vez no decepcionéis al señor demonio Yeenoghu —les estaba diciendo la profesora Stormclash cuando Zelli se acercó a ella.

Las botas andrajosas de Zelli silbaban con el roce de la hierba mientras trotaba hacia la imponente minotauro. Cuando la vieron llegar, unos pocos gnolls se rieron disimuladamente, pero luego se lo pensaron mejor y se acomodaron sobre sus patas traseras para ponerse a practicar la técnica de acecho. Zelli les lanzó una mirada severa: provocar a un minotauro era una cosa, provocar a una madre minotauro era algo bien diferente.



—¡Cariño! —Su madre la había visto y se había agachado para saludarla. Zelli no entendía cómo era posible que estuvieran engañando a todo el mundo: sus cuernos falsos y la cola que llevaba clavada por debajo de los pantalones no la hacían parecerse en nada a su madre minotauro adoptiva. Claro que también era posible que nadie se atreviera a señalárselo a la profesora Stormclash, que era perfectamente capaz de convertir a cualquiera en polvo de un solo puñetazo. Su tono se volvió más severo cuando se fijó en el libro que llevaba Zelli bajo el brazo—. Por lo que veo, otra vez estás haciendo los deberes durante la comida.

—Solo es una lectura para subir nota —musitó Zelli. Y le tendió rápidamente la caja de terciopelo—. Feliz cumpleaños.

—Oh, cariño. No tenías por qué regalarme nada. —Echó una ojeada al interior de la caja y sonrió al ver el aro para la nariz, a pesar de estar deformado y sucio—. Zellidora, es maravilloso. Eres como un rayo de oscuridad. Gracias.

La minotauro se inclinó hacia delante, con intención de darle un beso en su profusa cabellera de rizos negros. Pero Zelli apartó la cabeza para esquivarla y se aclaró la garganta, señalándole con la mirada a los gnolls que las observaban entre la alta hierba.

—De acuerdo, no te haré pasar vergüenza.

—¡Bueno, me voy! —chilló Zelli, dándose la vuelta antes de que nadie se diera cuenta de que se le había





intensificado el tono de las mejillas—. Tengo que terminar la lectura.

—¡No te olvides de comer! ¡Nunca alcanzarás una altura terrorífica si no comes!

Zelli hizo un gesto con la mano para indicarle que no se preocupara y volvió a cruzar el campo. Se adentró de nuevo en el húmedo frescor del pasillo de la academia y giró a la izquierda para llegar al comedor. Mavis, el altísimo elemental de fuego que hacía de cocinero, servía y churrascaba mejunjes sobre un mostrador que había a lo largo de la pared este. Los estudiantes estaban distribuidos en sus respectivos grupitos: los micónidos u hombres hongo (o los «alientos de pedo», como los llamaban los abusones) se habían apropiado de una mesa liberando humo y esporas hasta crear una neblina de polen que provocaba estornudos y flotaba sobre ellos como una nube; los kobolds estaban reunidos alrededor de una larga mesa de caballete situada más al fondo, riéndose a carcajadas y disfrutando de muslos y otras piezas de carne asada; los mimetos estaban cerca de la puerta transformados en un montón de objetos variopintos, lo que más bien se parecía a la desordenada habitación de un adolescente, aunque algunos habían optado por picotear los bichos cocinados especialmente para ellos adoptando su forma natural: una masa gelatinosa con nervios que tenía un núcleo en su viscoso centro; los gnolls, que ahora no estaban aterrorizados por su madre, se daban un festín de bistecs crudos y sangrientos en la esquina noroeste, y el contingente



de slaadi se divertía cerca de ellos interpretando con entusiasmo y orgullo la canción de la academia:

**¡De aquí somos moradores! ¡Somos los mejores!**  
**¡Desgarramos, rugimos y apestamos horrores!**  
**Acechamos (por las noches) y provocamos (temblores),**  
**a los flumphs de la DUNGEON ACADEMY...**

Mientras la canción seguía y seguía, y las repugnantes criaturas de todos los tamaños, colores y formas chismorreaban a todo volumen, la única humana (disfrazada de minotauro) que había entró discretamente en la sala, se hizo con un cuenco de gachas quemadas y sosas de Mavis y se buscó un rinconcito vacío y reservado para ocuparse de sus asuntos y hacer con prisas esa tarea de última hora que le salvaría el curso.

Y eso era exactamente lo que Zelli se proponía hacer mientras iba engullendo la comida y mantenía abierta con el codo su querida y ajada copia de *El manual humano de monstruos y moradores*. Una nube de polvo se levantó del papel cuando pasó las páginas rápidamente para buscar el capítulo que correspondía a la tarea de lectura de su libro de texto. En cuanto lo encontró, sintió que las gachas de su estómago se le bajaban directamente a los pies. Al inicio del capítulo había un retrato en tinta y acuarela de una despiadada mujer humana que bien podría ser su gemela. Debajo de ella ponía: «Allidora Steelstrike, la Hoja Inquebrantable».

Se quedó sin aire, no podía pensar, la sangre dejó de correrle por las venas. La mujer, que posaba con una extraordinaria espada que medía casi la mitad



de su altura (Zelli también sentía predilección por las espadas), había sido representada con una explosiva mata de rizos negros en la cabeza, piel oscura y unos ojos amarillos de aire felino que incluso en la ilustración parecían relucir con picardía.

«Mi Zelli nunca trama nada bueno —le gustaba decir a la profesora Stormclash—. Tiene los ojos llenos de secretos».

Zelli no era tan tonta como para creerse que era una minotauro de verdad. Lo había pensado durante un tiempo, pero no desde que fue lo suficientemente mayor como para ver las diferencias obvias que había entre ella y las dos matriarcas minotauros que la habían criado. Con Kifin y Iasme se llevaba más que bien y las consideraba madres maravillosas; confiaba en ellas y las quería. Pero se abrió una brecha entre



**Allidora Steelstrike**  
**La Hoja Inquebrantable**  
*Famosa aventurera y enemiga de todos  
los monstruos y criaturas de Faerûn.*

ellas la noche en que le pidieron que se sentara y le explicaron que no era como ellas, que no era una minotauro destinada a acechar en un laberinto mortal o a cazar aventureros por un vasto e implacable desierto. Iasme la había encontrado un día que había salido a buscar comida en el bosque, cuando era una diminuta humana bebé del tamaño de un guisante, en una cesta detrás de una cortina de juncos que se mecían con el viento. Era una bebé humana. Humanos, los enemigos de los monstruos en todas partes.

La escondieron, claro, la disfrazaron de minotauro y, con la respetada posición que tenía Kifin en la academia, pudieron inscribirla en ella. Nadie cuestionaba a un minotauro, y menos aún la voluntad de dos, así que la vida de Zellidora Stormclash se desarrolló sin contratiempos. Zelli siempre se había preguntado por qué sus madres no habían temido acoger a un humano. La única vez que se atrevió a preguntarlo, Iasme se encogió de hombros y le respondió:

—Tu madre no tiene miedo de nada.

En la mirada de la minotauro, Zelli vio que había algo más, pero Iasme había adoptado una expresión tan triste que decidió no hurgar en el tema.

—Es ella —dijo Zelli sin respiración al verse reflejada en los ojos, la postura y la actitud de la mujer. En su nombre—. Esta es mi madre de verdad.

Y su madre de verdad era el tema de su siguiente clase, Historia de los Horribles Humanos. Cogió aire y trató de leer, pero los ojos se le habían llenado inesperadamente de lágrimas. No. Nadie podía verla así.



En la Dungeon Academy no se podía llorar durante las comidas. Enjugándose la cara, Zelli se obligó a cerrar el libro e intentar comer. Le temblaba la mano, y en ese momento solo deseaba seguir siendo tan invisible como lo había sido siempre en la escuela.

Tenía la cuchara a medio camino hacia la boca cuando, de pronto, un oso lechuza del tamaño de una letrina exterior pegó un grito y chocó contra su mesa, mandándolos a ella, las gachas y *El manual humano de monstruos y moradores* a la otra punta de la sala.

